

LA MALDAD Y AGRESIVIDAD DEL DOCENTE: DEBATES Y PERSPECTIVAS

Víctor Gutiérrez Olivárez (1) y Víctor Hernández Mata (2)

1.-Doctor en Psicología y Educación; actualmente se desempeña como docente en licenciatura y posgrado en el Instituto Michoacana de Ciencias de la Educación y maestro frente a grupo en educación especial. psicomentario@gmail.com
2.- Doctor en Psicología y Educación; actualmente se desempeña como Docente e Investigador en la Universidad Autónoma de Querétaro.

Resumen

Este escrito recurre a la visión freudiana de la maldad humana y a la perspectiva histórica y discursiva de Foucault para reflexionar sobre los fenómenos de agresión y maldad en la educación ejercidos por el docente. Discute el enfoque sustancial de la maldad el que supone una dotación hereditaria o constitutiva de quien manifiesta los actos de agresión, pues parece que se trata más bien de un fenómeno dependiente de condiciones psíquicas y sociales específicas; posición en la que seguimos a los autores mencionados y a Bauman. Reflexionar y discutir son tareas loables. Lo es también interpretar desde un ángulo que evite la prematura y a veces estéril condena social de un tema tan espinoso como el que aquí se revisa, a fin de que eventualmente pudiera abrirse un espacio de acción distinto a lo que se ha hecho hasta el momento.

Palabras clave: maldad humana, agresión docente, discurso y educación.

Abstract

This writing resorts to the freudian view of human evil and the historical and discursive Foucault to reflect on phenomena aggression and evil in education exerted by the teacher. Discusses substantial focus of evil which is a constituent of hereditary endowment or who manifests acts of aggression, it seems that it is rather a phenomenon dependent on specific psychological and social conditions, a position in which we follow the authors mentioned and Bauman. Reflecting and discussing are laudable tasks. It is also interpreted from an angle to prevent the premature and sometimes sterile social condemnation of a thorny issue such as this is checked, so that eventually could open a space of action other than what has been done so far.

Keywords: human evil, teacher aggression, speech and education.

Introducción

Para los fines de este trabajo, discutiremos las ideas de Freud sobre la maldad humana; revisaremos la propuesta de Foucault sobre el modo en el que el acto educativo se orienta hacia las acciones de vigilar y castigar; buscaremos contextualizar el problema objeto de reflexión por medio de las ideas de Bauman (2007, 2009), quien critica el movimiento de justificación de una experiencia de vida cada vez más violenta; por último, exploraremos la perspectiva de la sublimación freudiana, acto que abandona la

meta sexual o agresiva de la pulsión por otra culturalmente aceptada, como posibilidad ante la tensión que caracteriza la práctica docente.

Los límites del ensayo son: por un lado, el reconocimiento de que la participación de la maldad en la práctica docente tiene múltiples y contradictorios ángulos de observación; por otro, la perspectiva de que la maldad, ubicada en este caso en el maestro o la maestra, no es una práctica privativa de ambos pues puede aparecer en el estudiante o en otro de los participantes en el proceso educativo, directivos, padres de familia, entre otros.

La revisión de la maldad docente, un ensamble de voces: el pesimismo freudiano

El texto de Freud, *El Malestar en la cultura* (1930-1929/ 1984), contiene una reflexión sobre la agresividad y la maldad humanas que parece pertinente para pensar el tema del malestar en la educación, el de la presencia creciente de la agresividad. En efecto, la tesis central que postula Freud en dicho trabajo es que la agresividad es una fuerza que el lazo social intenta infructuosamente mitigar, ya por medio de la educación ya por medio de la normatividad.

Ahora bien, ¿en qué modo imaginamos que el lazo social pretende mitigar la fuerza de la agresividad? Quizá en el reconocimiento de la dependencia mutua para la realización exitosa de gran parte de las empresas que el ser humano requiere en la vida social, puesto que la maldad necesariamente separa y aísla al hombre de su semejante. Tal vez en el cabal reconocimiento de la policromática vida afectiva que parece suprimirse en el tono monocromático de la maldad cuando esta última surge impetuosa, estableciendo una inercia difícil de remontar. O bien, en la construcción de un nuevo horizonte de vida en el que pueda ponerse en duda los valores y las acciones que hoy llevan a la conclusión sorprendente e injustificada, por lo menos carente de razones sólidas, de que actuar negativamente hacia los otros es un acto de sobrevivencia.

Sea como fuere, la educación sería el terreno propicio para que el lazo social transformase la condición indómita del ser humano. Pero, ¿cómo podría ese campo permanecer incólume ante el avasallamiento de las pulsiones humanas?, ¿no sería allí precisamente donde aparecerían las miserias humanas?

La cuestión es que la agresividad y los actos inconscientes más aberrantes continúan emergiendo en el campo de la educación, lo que justifica estas líneas de reflexión. Quizá enfocando al maestro, a la violencia y maldad que puede manifestar, localicemos una perspectiva que oriente ante lo que puede describirse como una situación de gran confusión y vaguedad.

Por cierto, es interesante seguir la visión psicoanalítica, pues se ha visto que ofrece una perspectiva a la que se ha dado credibilidad. Sin embargo, esa visión de la agresividad que da pie a la maldad fue formulada en el primer tercio del siglo pasado. ¿Mantendría su vigencia? ¿Acaso la idea de Freud sobre esa fuerza que rompe el lazo social habría quedado circunscrita a otra época distinta a la actual? Probablemente. Pero ha tomado tal dimensión la maldad humana en el proceso educativo -y para efectos de este estudio en la persona del maestro- que se precisa volver sobre aquellas ideas freudianas. Por cierto, retomar una perspectiva teórica no significa aceptarla incondicionalmente. Antes bien, se hace impostergable su revisión crítica.

A fin de juzgar la pertinencia del psicoanálisis en materia de la maldad humana recordemos su postulado: la cultura se habrá de edificar sobre la sofocación de las pulsiones sexuales y agresivas.

Los fenómenos sustitutivos que surgen como consecuencia de la sofocación pulsional constituyen lo que Freud denomina como nerviosidad moderna, o más específicamente como psiconeurosis:

“La experiencia enseña que para la mayoría de los seres humanos existe un límite más allá del cual su constitución no puede obedecer al reclamo de la cultura. Todos los que pretenden ser más nobles de lo que su constitución les permite caen víctimas de la neurosis; se habrían sentido mejor de haberles sido posible ser peores” (Freud, 1908/1986: 171).

Tenemos entonces la propuesta freudiana: aceptar la maldad humana o por lo menos disminuir la altura de miras con la que se mide el comportamiento del ser humano, a fin de evitar que caiga en la neurosis. Pero, una visión de ese tipo suscitaría de inmediato reacciones en contra. Alguien diría que más allá del individuo se encuentra el otro que es objeto de la maldad; ¿acaso los efectos nefastos de la maldad tendrían que quedar olvidados? Incluso resultaría inaceptable que se postulara como explicación que el neurótico estuviera limitado por su constitución, tal como se afirma en la anterior cita freudiana. Menos aún se aceptaría del sujeto de la maldad que fuera “peor” antes que más noble.

Empero, la ubicación de nuestro problema objeto de reflexión es incierta pues estamos parados sobre un terreno vagamente delimitado: la cultura tiende a juzgar con demasiada rigidez la maldad humana y el psicoanálisis, buscando aclarar los motivos de aquella, parece encubirla. ¿Cómo separar explicación de justificación? Respondamos por medio de una analogía: la microbiología ha descubierto las propiedades patógenas de virus y bacterias para el ser humano, de las que ha tomado provecho la medicina, pero esas investigaciones también han llevado a la fabricación de armas biológicas; el descubrimiento y el uso médico fue favorable, pero el uso bélico no. Entonces, examinando comparativamente, conocer la condición de maldad del hombre puede proveer una explicación pero no una justificación.

¿Qué explica el psicoanálisis sobre la maldad del ser humano? Primero debe considerarse que las investigaciones del psicoanálisis lo llevaron a cuestionar la idea de la normalidad que provenía de una normatividad estricta; sin olvidar que el psicoanálisis surgió como respuesta a ese contexto de rigidez. Entonces, el psicoanálisis dio elementos para constatar que esa cultura favorecía la neurosis. Pero en el presente, ¿hablaríamos de la misma rigidez? Quizá no. Sea como fuere, la psiconeurosis no era un resultado tan desfavorable. Con el psicoanálisis comenzó a hablarse de una patología normal.

Segundo, siguiendo en la dirección de cuestionar la perspectiva sustancialista de la maldad pues acabamos de decir que ya no quedaría tajantemente separado lo normal de lo patológico, se puede decir que, eventualmente, el profesor (y cualquier otro) podrían convertirse en un ser malvado. El sujeto estaría tentado en cualquier momento a colocar al otro como objeto de abuso y maltrato; esa condición se ha visto favorecida en distintos momentos de la historia, incluso las circunstancias actuales de autoritarismo y violencia lo impulsan a ello. Luego, esa posibilidad quedaría reforzada si el sujeto sólo obtuviera placer con esa conducta o si la posición social o la función que cumple le permitieran hacerlo impunemente.

Uno de los reclamos ideales de la sociedad dice: ‘amarás a tu prójimo como a ti mismo’. [...] ¿Por qué, pues, se rodea de tanta solemnidad un precepto cuyo cumplimiento no puede recomendarse como racional? [...] No es sólo que ese extraño es, en general, indigno de amor; [...] se hace más acreedor a mi hostilidad, y aun odio.

No parece albergar el mínimo amor hacia mí, no me tiene el menor miramiento. Si puede extraer una ventaja, no tiene reparo alguno en perjudicarme, y ni siquiera se pregunta si la magnitud de su beneficio guarda proporción con el daño que me infiere. Más todavía: ni me hace falta que ello le reporte utilidad; con que sólo satisfaga su placer, no se priva de burlarse de mí, de ultrajarme, calumniarme, exhibirme su poder; y mientras más seguro se siente él y más desvalido me encuentre yo, con certeza tanto mayor puedo esperar ese comportamiento suyo hacia mí. [...] yo no contraría aquel grandioso mandamiento si rezara: ‘Ama a tu prójimo como tu prójimo te ama a ti’ (Freud, 1930-1929/1984: 107).

Considerar a la pulsión de muerte o *todestrieb*, como la llamó Freud, asociada a una pulsión cruel, de destrucción o de aniquilamiento que haría actuar a los sujetos bajo una forma de agresión, supondría dar un enfoque sustancialista de la maldad (Derrida, 2005). Pero de lo que en realidad se trata es de ver al ser humano en una condición circunstancial en la que el ejercicio de esa pulsión lo lleva, en un caso, a tratar de aniquilar al otro, pero, en otro, a proteger la propia vida, puesto que el otro está también dispuesto a la agresión. Ahora bien, una voz crítica podría decir que esas explicaciones parecen ajenas a la educación. Pero, tendríamos que contestarle que la educación no es una cuestión de sobrevivencia, pero para algunos sí, sobre todo para aquellos que en cada relación humana ven una amenaza o la oportunidad de infringir una agresión.

Esa agresión cruel aguarda por lo general una provocación o sirve a un propósito diverso cuya meta también habría podido alcanzarse con métodos más benignos. Bajo circunstancias propicias, cuando están ausentes las fuerzas anímicas contrarias que suelen inhibirla, se exterioriza también espontáneamente, desenmascara a los seres humanos como bestias salvajes que ni siquiera respetan a los miembros de su propia especie (Freud, 1930-1929: 108).

La posición de Freud sobre la *todestrieb* o pulsión de crueldad parece pesimista pues dice que es irreductible, más vieja, más antigua que los principios de placer o realidad, que en el fondo son el mismo, y que ninguna política podría erradicarla. Agrega que sólo podrá domesticarla, diferirla, aprender a negociar, a transigir con ella, *indirectamente*, pero sin ilusiones, y esa *indirección*, ese rodeo diferente, ese sistema de relevos y aplazamientos diferenciales, dictará la política al mismo tiempo optimista y pesimista. Freud recurre a la palabra “crueldad” (*Grausamkeit*), para denunciar una ilusión: aquella que habla de una erradicación de las pulsiones de crueldad y de las pulsiones de poder. Insistió en dar esa versión de lo humano, inscribiendo la maldad en una lógica psicoanalítica, refiriéndonos al placer que se obtiene con la agresión y la destrucción (Derrida, 2005)

Tercero, si el ser humano está sometido a la fuerza de su constitución pulsional y si también la cultura pretende sujetarlo más allá de sus posibilidades, ¿no estaría justificado que el individuo manifestara neuróticamente su agresividad? Antes de continuar esta visión de la agresividad humana que sin duda es chocante para muchos, sería útil para los propósitos de este escrito recordar que para Freud existe otra alternativa, a saber: la sublimación de las pulsiones. Por ese medio el individuo encaminaría sus expectativas pulsionales de agresividad a favor de la cultura y el lazo social. Pero, tal parece que, como la muestra la historia de la humanidad, el resultado ha sido muy pobre en materia de sublimación. La maldad humana sigue siendo infructuosamente mitigada por el lazo social.

La perspectiva histórica y discursiva

Ahora bien, desde otra perspectiva, la solución no podría buscarse en la permisividad sino en el cuestionamiento de las normas que excluyen y someten (Foucault, 1997: 141). Tampoco en la normatividad que comparativamente desalienta al ser humano pues mientras algunos gozan de privilegios y prebendas, otros simplemente, en la cruda realidad de su vida, carecen de los más elementales derechos (Bauman, 2009: 12).

Veamos si las ideas de Foucault permiten ampliar nuestro panorama explicativo del malestar en la cultura, es decir, de la maldad humana.

Recordemos la entrada en escena del pensamiento foucaultiano con su texto *Arqueología del saber* (Foucault, 2003) en el que se nos revela que a través de restos, de vestigios, de fragmentos de textos no oficiales, es como se reconstruye la historia de la vida cotidiana de la gente y su participación en las instituciones. Tenemos el ejemplo de la escuela que se nos presenta a la imaginación mejor intencionada como un lugar donde supondríamos la presencia de un docente rebotante de alegría, impartiendo su saber con denuesto, comprometido en el apostolado con sus pupilos. Sin embargo, entre telones o de manera abierta y cruda, tal escenario dista de manifestar una dulzura así supuesta, como ha sido documentado con suficiente detalle en expresiones del arte como: la pintura, la literatura, el cine, el teatro y hoy con los avances tecnológicos expuestos en la internet mediante blogs, sitios webs o redes sociales como facebook, twitter, entre otros.

Citemos un ejemplo de la maldad filtrada en la tarea del educador: el cuadro del español Francisco Goya que data de 1780 a 1785, titulado, *La letra con sangre entra*; la pintura llama la atención por la crítica al sistema educativo de su tiempo, crítica que prevalece hasta nuestro días. ¿Qué observo Foucault en estas expresiones del discurso?:

Esto significa que cada sociedad promueve cierto tipo de discursos a los que hace funcionar como verdaderos al mismo tiempo que sanciona a otros como falsos. Y cuando Foucault dice cada sociedad, tenemos que pensar cada familia, cada institución, cada escuela, cada hospital. Es decir cada microsistema social. Cada microsistema genera o promueve cierto tipo de discursos que promueve y sanciona como verdaderos al mismo tiempo que condena a otros por su falsedad, a la vez que valora técnicas y procedimientos para la obtención del saber, basados en sistemas de valoración y exclusión (recompensa y castigo). Además, por supuesto, designa quiénes son los que tienen la palabra verdadera y quiénes no, impulsando a que el combate por la verdad no sea por la verdad sino la defensa de quien supuestamente la posee, y el ataque a quienes no (lo) reconocen (Fendrik, S. s/f).

Con las ideas expresadas en el párrafo anterior se abre otra interesante veta de análisis del campo pedagógico. Una de las “verdades” más defendidas a través de la historia es la acción disciplinaria del docente. Tal “verdad” se ha justificado de mil formas hasta “convencer” a quien la ejerce que esa práctica posee lo esencial de la función del docente. Ese velo impuesto al docente lo ciega ante el potencial educativo que tiene la interlocución del estudiante y el profesor. Además, coloca al docente ante una supuesta realidad natural e incuestionable posición que puede desencadenar acciones violentas a favor de proteger esa “loable” tarea de someter al estudiante.

Ahora bien, el punto de entrecruzamiento entre las aportaciones de Foucault y las del psicoanálisis sería el cabal reconocimiento de que la maldad humana no es consustancial al hombre sino que emerge ante condiciones específicas y es sostenida por

justificaciones con las que se racionaliza esa conducta; además, del reconocimiento del potencial de sublimación de las pulsiones más ominosas que posee el ser humano.

Conclusión

Hemos visto que se llama “mal” a esa clase de hecho negativo por la misma razón por la que nos resulta ininteligible, inefable e inexplicable, como es el caso de la maldad humana manifiesta en el docente. Visto que es un hecho que desafía y hace añicos la inteligibilidad, nuestra posición es continuar buscando orientar la perspectiva desde otros ángulos con los que sea posible que la educación contribuya a que el mundo sea habitable. Apostemos a una educación como expresión sublime, acto de amor y germen de la cultura, que se levanta por encima de una pulsión de muerte o destrucción.

Referencias

- Bauman, Z. (2007). El miedo y el mal. En *Miedo Líquido: La sociedad contemporánea y sus temores* (págs. 75-96). Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2009). *El arte de la vida: de la vida como obra de arte*. Buenos Aires: Paidós.
- Derrida, J. (2005). Lo imposible más allá de una soberana crueldad. En Coordinador Major René, *Estados generales del psicoanálisis. Perspectivas para el tercer milenio* (págs. 167-215). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fendrik, S. (s.f.). *El discurso en Foucault*. Recuperado el 21 de enero de 2013, de andamiajes lacanianos XII: www.andamiaje-lacaniano.com.ar
- Foucault, M. (1997). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2003). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1908/1986). La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna. En *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen (1906-1908)*. T. IX. *Obras Completas* (págs. 158-181). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930-1929/1984). El malestar en la cultura. En *El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura y otras obras (1927-1931)*. T. XXI. *Obras Completas* (págs. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.